

OLIMPICAS

Con Febo Pítico del arco de oro,
De cuanto encierra su almo tesoro,
Dispensadoras celestes son.
Allí al Olímpico Padre, sentadas
En refulgentes sillas doradas,
Rinden eterna veneracion.

¡Sagrada Eufrosina, de himnos amante;
Aglaya augusta, del gran Tonante
Hijas divinas, mi canto oid!
Pues tanto agrádante dulces canciones,
Mira ¡Talia! las ovaciones
Que trajo al héroe la honrosa lid.

Cantar á Asópico mi lira quiere,
Y al modo Lídio sus cuerdas hiere
Mi bien templado fino marfil;
Porque en la Olímpica lucha gloriosa
Por tus favores ¡potente Diosa!
La sacra Minia luce entre mil.

¡Eco! A Cleódamo la grata nueva,
De Proserpina, clamando, lleva
A la morada de eterno horror;
Y de su vástago la tierna frente,
Díle que en Pisa ciñó fulgente
El lauro alado del vencedor.

ODAS PÍTICAS



ODA PRIMERA

A GERÓN ETNÉO, REY DE SIRACUSA,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡PRECIOSA lira de oro,
Del Castálide coro
Y de Febo, delicias é instrumento!
De las danzas triunfales
Tus ecos son señales:
Tú riges su compás y movimiento,
Y de tu són, al empezar la fiesta,
Se ve pendiente la armoniosa orquesta.

Tú, con acento tierno,
 El fuego sempiterno
 Del penetrante rayo apagar sabes.
 Por tu voz arrullada,
 En el cetro posada
 De Júpiter, la reina de las aves
 Con las alas caídas se adormece:
 Blanda nube sus ojos oscurece.

Su cabeza arrogante
 Con el pico punzante.
 En plácido sopor toda se anega;
 Tu vibración divina
 Al águila domina
 Y su espalda fortísima doblega:
 Y ablanda el pecho del violento Marte
 Que depone su lanza al escucharte.

Al corazón derechas
 De los Dioses, tus flechas
 Van, por Febo y las Musas disparadas.
 Cuando, en tierras ó en mares,
 Al oír los cantares
 Que entonan las Piérides sagradas,
 De terror algún hombre se estremece,
 Es porque Jove Sumo lo aborrece.

Así en atroz castigo
 Tiféo, el enemigo
 De las Deidades, en el Orco gime.
 Nutrieron sus cien bocas
 De Cilicia las rocas,
 Y Cúmas hoy su hirsuto pecho oprime;
 Y aplasta su cabeza el Mongibelo,
 De nieve creador, pilar del cielo.

En su seno profundo,
 De fuego furibundo
 El Etna nutre inagotables fuentes.
 De día, negra nube
 Espesa al éter sube;
 Mientras de noche, líquidos torrentes
 De lava, el mónstruo de Vulcano arroja,
 Que al mar girando ván, cual sierpe roja.

Contemplar es tremendo
 El prodigio estupendo:
 Terrible, si alguien de Sicilia llega,
 Oír que encadenado
 Está el gigante osado
 En la selvosa cima, y en la vega
 Del Etna ponderoso: duro lecho
 Que desgarrar al Titán espalda y pecho.

Alcance yo la suerte
 ¡Oh Jove! de placerte,
 A tí, que de este monte eres monarca,
 Cuya sublime altura
 Como frente fulgura
 De la ferace Sícula comarca,
 Y cuyo nombre dió, con nuevo lustre,
 A su ciudad el fundador ilustre.

El Pítico trofeo
 Al alcanzar, ETRÉO
 El heraldo á Gerón alto pregona.
 Si, cuando el ancla leva,
 Favorable se eleva
 Viento que llena la extendida lona,
 El marinero alégrase, y predice
 A su nave retorno áun más felice.

Así ésta alta victoria
 A Etna promete gloria,
 Y banquetes, y música y laureles.
 Tiempo vendrá que asombre
 Al mundo el gran renombre
 Que le darán sus rápidos corceles.
 Oye las preces que á tu trono elevó,
 Rey de la errante Délos, Licio Febol!

¡Dios á quien tanto place
 La selva donde nace
 En el Parnaso la Castália fuente!
 Concede á éstas regiones
 Magnánimos varones.
 El que fuerte nació, sábio, elocuente,
 Lo debe á las Deidades; que sin ellas
 De la virtud no seguirá las huellas.

Al gran Gerón yo quiero
 Hoy ensalzar, y espero
 Mi aguda flecha no vibrar en vano.
 Más léjos que ninguna
 La hará llegar Fortuna,
 Y á mis rivales vencerá mi mano.
 ¡Tráigale el tiempo dicha y opulencia;
 Olvido y curación de su dolencia!

Recordar sus campañas
 Pudiera, y las hazañas
 Que consumó con temerario arrojo;
 Y el enemigo fuego
 Que más que á ningun Griego
 Poder le dió, y un cetro en sangre rojo.
 Cual Filoctetes, militó doliente,
 Y á amigos ruegos se rindió el valiente.

De aquel la historia narra
 Que mientras le desgarrar
 Allá en Lémnos la pierna úlcera horrenda,
 Vienen héroes (iguales
 A dioses inmortales)
 Y lo llevan por fuerza á la contienda,
 Do pone fin de Troya al largo asedio,
 Y de los Griegos al trabajo y tedio.

Enfermo todavía,
 Ni caminar podía
 El gran flechero que engendró Pëante;
 Mas decretado estaba
 Que el Griego sin su aljaba
 Jamás entrara en Ilion triunfante.
 ¡Dios á Gerón tambien propicio sea!
 Con la salud le dé cuanto desea.

¡Óyeme, oh Musa amiga!
 Y vén de la cuadriga
 Los triunfos, á cantar á Dinoménes;
 Que no es para un buen hijo
 Ajeno regocijo
 El ver ornadas las paternas sienes.
 Un himno grato al heredero entona,
 Musa gentil, de la Étnica corona.

Para él Gerón agosto
 A Etna ha fundado; y justo
 Le concedió la libertad divina,
 Y el sabio código Hílio;
 Porque agrada al Panfilio,
 Y á los que del Taigeto en la colina
 Moraron, nietos de Heraclidas reyes,
 De Egímio conservar las Dórias leyes.

Su código sagrado,
 El pueblo afortunado
 Trajo del Pindo, al rio cristalino
 Que baña á Amicla santa;
 Donde sus tiendas planta,
 De los divos Tindárides vecino,
 De blancos potros domadores diestros,
 Y en vibrar el lanzón grandes maestros.

¡Oh Júpiter! Ordena
 Que cuantos del Amena,
 Pueblos y reyes, moran en la orilla,
 Conserven el renombre
 Que la opinión del hombre
 Les dá; y el héroe que en el trono brilla
 Con la voz y el ejemplo á su hijo gué,
 Nos dé la paz, y la invasión desvíe.

¡Oh Saturnio! Concede
 Que tranquilo se quede
 El lidiador Fenicio en su Cartago;
 Y de su ataque brusco
 Desista el fiero Etrusco,
 Recordando de Cúmas el estrago,
 Dó, sumergida su dispersa flota,
 A sus huestes hirió fatal derrota.

De servidumbre fiera
 Libró á la Grecia entera
 La armada del Señor Siracusano.
 Quiero cantar la ruina
 De Persia en Salamina
 Por el valor de Atenas sobrehumano;
 Y el que mostrara Esparta, alto denuedo,
 En Citerón, contra el arquero Medo.

Mas no les cede en gloria
 La sublime victoria
 Cabe las claras linfas del Himera.
 Gerón allí y su hermano,
 Junto á su padre anciano,
 Desbarataron multitud guerrera.
 Mi agradecida musa les ofrece
 Himno triunfal, que su valor merece.

Quien mucho en breve canto
 Dice, no excita tanto
 De maliciosos émulos la envidia.
 Soy breve; que al oyente
 De ánimo más paciente
 Prolijo panegírico fastidia,
 Y la alabanza de ínclitas acciones
 Suele roer ajenos corazones.

¿Qué importa? Nunca al bueno
 De la Envidia el veneno,
 Siempre el desprecio al infeliz aflige.
 Sigue, pues, animoso
 Tu camino glorioso:
 Con seguro timón tu pueblo rige;
 Y en roja fragua de verdad egregia
 Refunde con valor tu lengua régia.

Cuanto de tí proviene
 Doble esplendor obtiene,
 Aunque trivial lo juzgues y sencillo.
 Cien ojos te rodean:
 Que en tí mancha no vean,
 ¡Oh de mil pueblos príncipe y caudillo!
 Si en algo estimas á la dulce Fama,
 El oro en torno liberal derrama.

A fuer de buen piloto,
 Apenas sopla el Noto
 Iza de tu bajel todas las velas.
 A adulator fingido
 No escuches, Rey querido,
 Si en la posteridad vivir anhelas.
 Los poetas no más, é historiadores
 Entonan de los muertos los loores.

No muere la memoria
 De Creso. ¿Mas qué gloria
 A Faláride trajo el férreo toro?
 Celebrar al verdugo
 A la lira no plugo,
 Ni de niños ó vírgenes al coro.
 Primero es la virtud; luego el renombre.
 Si ambos obtiene, ¿qué más quiere el hombre?



ODA SEGUNDA

AL MISMO GERÓN,

VENCEDOR CON EL CARRO.

¡OH Siracusa, bella y populosa,
 Templo de Marte, madre de bridones
 De batalla, y de gente belicosa!

Portador de encomiásticas canciones,
 Vengo de Tébas, tu brillante amiga,
 A que otra vez á tu Gerón coronas,

Que siempre vencedor con la cuadriga,
Hoy nuevos lauros en el circo gana
Con que adornar á su natal Ortiga,

Isla do reina la fluvial Dïana,
Sin cuyo auxilio, á la dorada rienda
Los potros sujetar, empresa es vana.

Porque ántes que Gerón la lid emprenda
Viene siempre la Virgen cazadora
Con Mercurio, señor de la contienda;

Y miéntras á Neptuno el Rey adora,
Los dioses enjaezan los corceles
Que él unce á la cuadriga voladora.

Cada monarca sus poetas fieles
Que lo celebren tiene: De Cinira
Cantar ¡oh Chipre! los loores sueles,

Que al blondo Númen de la dulce lira
Y á Vénus grato fué. ¡Conducta bella
Que al trovador la gratitud inspira!

A tí en Zefiria la Locrés doncella,
Que merced á tus dotes singulares
El paterno solar tranquila huella,

Al pié de sus pacíficos altares,
¡Hijo de Dinoménes! te proclama
Sin igual en la tierra y en los mares.

Del mísero Ixíon narra la fama
Que en la rueda girando eternamente,
Por órden de los Dioses así exclama:

“Paga ¡oh mortal! con gratitud ardiente
Los beneficios de amorosa mano.”
¡Ay! Lo aprendió á su costa el insolente.

Vida y felicidad al soberano
Jove debiendo, quiso fementido
Llegar á Juno con amor insano.

El padre de los Dioses, ofendido
En su altísimo honor, castigo eterno
Lanzó contra el adúltero atrevido.

Por su culpa en el fondo del Averno
Precipitado, inexplicable pena
Por dos crímenes sufre en el Infierno.

Él fué el primero de la gente Helena
Que en sangre de un pariente, derramada
Con vil traición, manchó la pátria arena;

Y, profanando la mansión sagrada
De las Deidades, requirió de amores
De Jove á la consorte venerada.

Empresas á sus fuerzas superiores
Nadie acometa. Se trocó en espina
El que Ixíon creyó lecho de flores,

Y en vez de Juno, nube blanquecina
Pagó su amor, aunque era en apariencia
De Saturno inmortal la hija divina.

De Júpiter formó la omnipotencia
Aquel fantasma: seductor engaño
Que trajo al triste la fatal sentencia.

Y encadenado pasa año tras año
Sobre el cuádruple rayo de la rueda
Que él mismo se forjó para su daño;

Y, sin que miembro alguno mover pueda,
Es su martirio prueba permanente
Del alto axioma que estampado queda.

Del matrimonio singular, un ente
Más singular nació; de los mortales
Y los Dioses odiado juntamente.

Centauro se llamó; las inmortales
Gracias huyeron de él; y sus amores
Fueron ¡horror! con brutos animales.

Las yeguas de Magnesia, corredores
Hijos le dieron: mónstruos en figura
Iguales á sus dos progenitores.

La parte superior les dió Natura
De perfecto varón: el resto ofrece
Del caballo la forma y la soltura.

A la Divinidad todo obedece:
Al águila en los aires ella alcanza;
Pasa al delfín que entre los mares crece.

Del orgulloso abate la pujanza,
Y se complace en elevar al bueno
A sempiterna gloria y bienandanza.

Nunca mis lábios el letal veneno
De la calumnia viertan: la memoria
De Arquíloco mordaz sirva de freno.

En murmurar cifró su triste gloria;
Y cuitas, y miserias, y pobreza
Le produjo su lira infamatoria.

Cuando en el sábio, á mundanal riqueza
Vemos unida próspera fortuna,
Bajémos admirados la cabeza.

En tí el ingenio ¡oh Príncipe! se aduna
Á la riqueza; y distribuirla sabes
Con mano liberal, sin duda alguna.

De mil ciudades ínclitas las llaves
Guardan tus régias arcas. ¿Quién se precia
De poseer más pueblos y más naves?

El que dijere que ha reinado en Grecia
Otro más poderoso y opulento,
Une á crasa ignorancia mente nécia.

Quiero las velas todas dar al viento,
De mi flota triunfal; y en tu alabanza
Himnos cantar con inspirado acento.

¿Quién igualó tu bélica pujanza
Cuando luchaste, jóven arrogante,
En batallas de eterna remembranza?

Sintió tu fuerza el enemigo infante
En las lides á pié. Todo cedía
De tu corcel al ímpetu arrogante.

Tu prudencia y sin par sabiduría
En la madura edad, asunto nuevo
Para elogiarte, dan á la voz mía.

¡Salve! A través del mar mi canto llevo.
Que cual Fenicia droga acepto sea
A tus oídos, á esperar me atrevo.

En él, la melodía Castoréa
De la Eólica cítara adaptada
A la séptima cuerda, tu ojo vea.

Siempre al nivel de tu mision sagrada
Muéstrate ¡oh Rey! y no cual rapazuelo
A quien el mono imitador agrada.

Sírvate Radamanto de modelo,
Que, justo juez y príncipe prudente,
Reina feliz bajo el Elíseo cielo.

Nunca al adulador ni al maldiciente
Quiso escuchar, ni la calumnia infame,
Del inventor rüina y del oyente.

Zorra falaz, ¿qué mal hay que no trame
El vil calumniador? Mas nunca puede
Lucrar, aunque su tósigo derrame.

Cubren las aguas la marina rede,
Y el corcho indicador ligero flota,
Aunque la espuma por encima ruede.

Tal la calumnia contra mí se embota;
Que por hallar entre los buenos gracia,
Sus mañas el mendaz en vano agota;

Mas de mentir á todos no se sácia
Hasta que siembra por doquier la duda.
¡Léjos de mí tan impudente audacia!

Yo á mis amigos doy abierta ayuda,
Y hago, á guisa de lobo, á mi adversario
De frente ó por la espalda guerra cruda.

A la lengua veráz, nunca contrario
Gobierno alguno fué: le abre contento
El monarca su techo hospitalario;

Donde domina el pueblo turbulento
Penetra; y en la altiva oligarquía
El noble senador la escucha atento.

A la Divinidad locura impía
Es oponerse: si á quien no merece
Sino castigos, opulencia envía,

Tambien al justo espléndida engrandece,
Y con renombre sus virtudes paga.
¡Suerte feliz que al envidioso escuece!

Nada su sed devoradora apaga,
Y en su insensato afán, se abre en el pecho
Con su propia pasión profunda llaga.

Siempre mi yugo llevaré derecho;
Es vano resistir al acicate:
De mis calumniadores á despecho
Bueno seré, y amigo del magnate.



ODA TERCERA

AL MISMO GERÓN,

VENCEDOR CON EL CABALLO DE SILLA.

QUISIERA yo, si lícito á mi canto
Fuera expresar el público deseo,
Quisiera yo que de la Estígia arena
Tornara á respirar los pátrios aires
El gran Quirón, de la gentil Filira
Y del divo Saturno, hijo del Cielo,
Progenie poderosa; y en los valles
Verlo otra vez reinar, del Pélio monte,
A los ojos del vulgo extraña fiera,
Pero del hombre amigo. En otro tiempo
A Esculapio educó, varón insigne,